

CAPITULO LXVI.

Una conversacion aprovechada.



CUPABA Catalina una habitacion en el piso bajo de la casa solariega de los padres de Hernan Cortés.

Una ventana con una reja saliente de gruesos barrotes, y coronada por una cruz como todas las de aquel tiempo, daba vistas à un patio cubierto de musgo.

Al lado de esta habitacion habia otra, que comunicaba con el indicado patio por una puerta.

En la primera pasaba el dia y la noche la pobre Catalina contemplando à su hijo que experimentaba una crisis espantosa.

De cuando en cuando iban à consolarla los padres de Hernan Cortés.

Pero la jóven preferia estar sola, y por la noche sobre todo nadie turbaba su sueño.

A los dos dias de su arribo à Medellin, à cosa de las doce de la noche, oyó el tio Picos-pardos dos golpes en la puerta de su casa.

Dió media vuelta en la cama, y volvió à quedarse dormido. Los golpes se repitieron con más fuerza.

—¿Quién va? preguntó desde el lecho.

—Abrid, abrid.

Y asomándose poco despues el arriero à una ventana que estaba encima de la puerta de su casa:

—¿Quién va? añadió.

—Soy yo; ¿no me conoceis?

—No os he visto en mi vida.

—¿No os acordais del capitan Pánfilo?

—¡Ah! Sí; ya caigo. Pero más os valia haber llegado por la mañana. A estas horas....

—¿No hay posada en el pueblo?

—A la entrada hay un meson. Pero en fin, ya que habeis venido, aun á riesgo de asustar à mi parienta, os abriré la puerta.

El tio Picos-pardos se endosó las calzas, echó sobre sus hombros un capotillo, bajó las escaleras y facilitó la entrada en el hogar al viajero.

—Descansad aquí un momento, añadió, mientras encendia luz, que yo voy à llevar à la cuadra vuestro caballo.

Sirvióle despues una cena, más propia de cuaresma que de los primeros dias del año, y anunciando el capitan que al dia siguiente le confiaria un proyecto que habia concebido, se despidió del tio Picos-pardos para ocupar el lecho con el que el arriero le brindaba.

Al dia siguiente, en tanto que la anciana esposa del arriero preparaba unas magras para el almuerzo de los hombres que habia en su casa, Pánfilo de Narvaez llamó al arriero y sostuvo con él el siguiente diálogo:

—Os tengo por un hombre de bien.

—Dios se lo pague à vuesa merced.

—Pero no basta que yo lo crea, sino que lo seais.

—Preguntad à todos los vecinos de Medellin, indagad en todos los mesones, y en todas partes os asegurarán que el tio Picos-pardos no tiene más defecto que el de hablar por los codos.

—Pues precisamente es el peor que podeis tener para mi proyecto.

—¿Quereis hacerme cartujo?

—No tal.

—Pues hablad.

—Tenga calma el arriero.

- Es que me habeis metido en cuidado.
 --No temais.
 --¿De qué se trata?
 --Se trata de haceros por el pronto varias preguntas.
 --No deseo otra cosa que responderos.
 --Pero es preciso que respondais de una manera satisfactoria.
 --¿Y qué he de hacer para ello?
 --En primer lugar, guardar estas doblas.
 --¿Como recuerdo vuestro?
 --Para gastarlas en lo que gustéis.
 --¡Ah! Vamos, pues de este modo ya podeis preguntar.
 --¿Os acordais de la dama á quien acompañamos desde Sevilla hasta este pueblo?... le preguntó Pánfilo.
 --¿Pues no me he de acordar? Doña Catalina, la esposa de Hernan Cortés, el hijo de don Martin y de doña....
 --¿Qué clase de mujer es esa?
 --Una bendita de Dios. Hace algun tiempo que llegó en tanto que su esposo iba á descubrir tierras á las Indias. Y aunque por ser nuera no tiene condiciones para vivir contenta en casa de los padres de su marido, es tan buena, tan humilde, tan cariñosa, que los viejos gruñones, si no la quieren más que á las niñas de sus ojos, por lo ménos la soportan, que ya es mucho hacer.
 --¿Y qué vida hace?
 --La mejor para aburrirse.
 --¿No sale nunca?
 --Nunca, siempre está con su hijo.
 --¡Ah! ¿Con que tiene un hijo?
 --¡Bah! Un muchacho de cuatro ó cinco años, que es el vivo retrato de su padre.
 --Me habeis dicho que es pobre.
 --No creo haber dicho tal cosa, dijo el tio Picos-pardos, pero por lo visto lo habeis adivinado, puesto que sí lo es.

- ¿Y no desea volver adonde está su marido?
 --Buenas ganas se le pasan; aunque á decir verdad, no ha despegado los lábios, porque es precisamente el reverso de mi medalla. Tiene miedo de que entren moscas en su boca.
 Pánfilo guardó silencio.
 --¿Vais con frecuencia á casa de los padres de Hernan Cortés? continuó poco despues.
 --Así, de vez en cuando.
 --Pues bien, amigo mio; despues de haber respondido á todas mis preguntas, ¿quereis hacerme un señalado favor?
 --Vuesa merced dirá.
 --Yo necesito hablar á solas con esa dama.
 --¿Amorcillos tenemos?
 --No lo creais; sois hombre de buen juicio, y no tengo inconveniente en revelaros la verdad.
 Voy á marchar á las Indias. Deseo hacer fortuna, y creo que el miedo de lograr cuanto ántes ocupacion, es ir recomendado á Hernan Cortés por su esposa.
 --En ese caso, dijo el tio Picos-pardos, nada mas fácil. Vuesa merced venga conmigo á casa de los padres de Hernan Cortés, y ellos mismos, y todos se alegrarán de que podais llevarle nuevas suyas.
 --No me basta eso; conozco el mundo, y he comprendido que doña Catalina tiene una pena grande.
 --Lo mismo me he figurado yo.
 --Una entrevista á solas con ella, sin que nadie se apercibiera, me proporcionaria la ocasion de trabajar la cosa, y si como presumo, no anda muy corriente con su esposo, yo me complaceria en unirlos. Y ya veis, si esto sucediera, mi fortuna estaba hecha.
 --Para ser capitán sabeis mucho de letras.
 --Viajando se aprende.
 --Pues mire vuesa merced, yo he viajado mucho, y cada dia soy más burro.

—¿Podeis, ó no podeis proporcionarme lo que deseo?

—Difícilillo es.

—¿Por qué?

—Porque si yo le digo á doña Catalina vuestras intenciones, va á pensar algo malo y va á negarse.

—No es necesario que ella lo sepa hasta que me vea.

—Puede asustarse y gritar.

—Por eso no temais. Buscadme el medio de entrar en su habitacion.

El tío Picos-pardos quedó un momento pensativo.

—Si pudiéramos, dijo, engatusar á Meliton, el único criado de la casa, él nos daría la llave de la puerta falsa para entrar en el patio; y una vez dentro, á la derecha hay otra puerta que abre paso á las habitaciones en donde vive doña Catalina.

—Pero esa otra puerta estará cerrada.

—¿Para qué son las llaves?

—¿Y qué necesitamos para que ese buen Meliton nos sirviera?

—Poca cosa; es muy aficionado al mosto. Ha sido militar, y en cuanto se vea mano á mano con un capitán, recordará sus hazañas, y entre trago y trago soltará las llaves.

—Pues encargaos de eso, que necesito partir, y ántes he de ver á doña Catalina. Os aseguro que si consigo mi objeto, no quedareis disgustado.

El tío Picos-pardos puso en juego todos los medios con que contaba para realizar los designios del capitán.

A la noche siguiente habia logrado Pánfilo de Narvaez llegar hasta la habitacion contigua á la en que Catalina velaba el sueño de su enfermizo hijo.

CAPITULO LXVII.

Donde se ve que la mujer virtuosa es mas fuerte que el hombre.



RAN las nueve de la noche.

La campana de la Iglesia de la ciudad acababa de recordar á los vivos que habia llegado la hora de pensar en los muertos.

Catalina estaba más tranquila, porque su hijo dormia sosegadamente.

Después de haberle contemplado largo rato, pensó en su esposo, en el abandono en que la tenia, en la tristeza, en el porvenir que le esperaba.

—¡Ah! ¿Qué haria yo, se decia, para despertar de nuevo en su corazón aquel amor que unió nuestras almas por la primera vez?

Pero es en vano.

Cuantos esfuerzos haga serán inútiles.

El tiempo borra en su alma el recuerdo mio, y al mismo tiempo borra en mi rostro los encantos que le inspiraron el afecto que nos unia.

De aquel momento de felicidad queda este pobre huérfano, á quien Dios sabe las desdichas que aguardan.

Si al ménos tuviera valor para volver á Santiago de Cuba. . .

Pero ¿cómo? ¿Con qué recursos?

Pensaba de este modo y se aumentaba su tristeza por instantes, cuando de pronto vió abrirse la puerta que comunicaba con su estancia y aparecer en ella un hombre.

—Calmaos, soy vuestro amigo, dijo Pánfilo de Narvaez al ver el movimiento que hizo Catalina.

—¿Quién sois, caballero?

—¿No me reconocéis?

Os aseguro que si he llegado de este modo hasta vuestra presencia, ha sido porque he deseado veros sin que lo supieran los padres de vuestro esposo.

Tengo que comunicaros un secreto.

—No os conozco.

El capitán avanzó algunos pasos, y gracias à la luz que iluminaba la estancia, pudo ver su rostro Catalina.

—Soy Pánfilo de Narvaez, añadió el militar.

—¿Y cómo no avisasteis vuestra llegada?

—Me he valido de medios infames, si queréis para, llegar à vuestro lado. Pero perdonadme, Catalina; sólo vuestro bien me hace venir aquí de esta manera.

—Salid, caballero, dijo la jóven.

—No saldré, repuso Pánfilo, sin que ántes me hayais oído.

Os he visto en Sevilla al lado mi buen Antonio de Villejo.

He creído adivinar en vuestros ojos la trizteza que hay en vuestro corazón.

Os he seguido, os he acompañado; durante el camino he hecho lo posible para que no sospechase el hombre que nos guiaba cuál era el objeto de mi viaje, y he conseguido entrar en vuestra casa para deciros:

«Catalina, soy vuestro amigo; siento hácia vos una viva simpatía. Si sois desgraciada, si alguna persona os ofende, si vuestro mismo esposo no es capaz de comprender los tesoros de virtud y de ternura que encierra vuestro corazón, yo seré vuestro amparo, yo os defenderé, aunque tenga que perder la vida para ello.» Porque, os lo confieso ingenuamente, desde el primer momento en que os he visto, he sentido hácia vos un afecto, que si no hubiera sabido que érais casada hubiera llegado à convertirse en una vehemente pasión.

Esta declaración conmovió à Catalina.

Sus meditaciones anteriores le habían alejado de toda suposición semejante à la que descubría en las palabras del capitán.

La vehemencia con que hablaba el gallardo soldado, la lealtad de sentimientos que revelaban sus palabras, desarmaron à Catalina.

—Yo os agradezco, dijo, esas muestras de interés que os inspiró; pero os habeis equivocado: soy muy dichosa.

—Mal pagais mis desvelos.

—Os hablo con sinceridad.

—Permitidme que no os crea. Si fuerais tan dichosa como decís, no brillarian en vuestros ojos esas lágrimas.

—Caballero, perdonadme; una mujer casada no debe dar oídos à palabras como las que acabais de pronunciar. No debe tener confianza más que con su esposo.

—¿Amais à Hernán Cortés?

—¿Podeis dudarlo?

—Sí, lo dudo.

—De cualquier modo que sea, os suplico por tercera vez que me dejeis.

—Bien está, dijo Pánfilo de Narvaez; veo que no hallan eco mis sentimientos en vuestro corazón.

Catalina, al veros por la primera vez nació en mi alma la pasión de que os he hablado hace poco. Sí, lo confieso: os he amado con delirio.

La reflexión, el deber, me han hecho detenerme.

No le ofreceré mi amor, me dije; pero le ofreceré mi protección, mi amparo, mi amistad.

Y al escalar la tapia del patio que separa estas habitaciones de la calle, al forzar una puerta para entrar como un miserable en vuestro aposento, no era el seductor, no era el amante el que llegaba: era el caballero, era el amigo.

Pero donde creía encontrar, si no afecto, si no simpatía, al

ménos gratitud, al ménos confianza, hallo severidad, hallo reserva.

¡Ah! Con esa indiferencia, con ese despecho, con esa ingratitude que os he merecido, me habeis hecho olvidar la generosidad que ántes habia obligado al caballero, me habeis hecho prescindir de mis deberes, para que el hombre, para que el amante, desprendiéndose de todas las consideraciones, impulsado sólo por la pasion que le domina, sediento de una felicidad cuya sola idea le embriaga y le deleita, postrándose à vuestros piés, os diga:

Catalina: es inútil que me engañeis; yo, sé que no sois feliz, yo sé que vuestro esposo no os ama, yo sé que vivís poco ménos que de lástima en casa de los padres de Hernan Cortés.

No mereceis eso.

Venid á mis brazos.

Yo os ofrezco con mi amor la felicidad; y eso, señora, es lo que os digo, revelándoos al mismo tiempo el secreto más intenso de mi alma.

Semejante declaracion, hecha con el calor de un amor, al parecer más liviano que profundo, produjo en Catalina un efecto muy distinto del que por regla general producen en las mujeres estas inesperadas confesiones.

La varonil energía de sus primeros años dió fuerza á su espíritu.

En vez de anonadarse, en vez de contemplar el peligro que la rodeaba, sintiéndose con elementos para dominar la situacion:

—Caballero, le dijo Catalina, si no conociera que hay sinceridad en esa desdichada confesion que acabais de hacerme, tendria valor para rechazaros de mi lado.

Una sola palabra mia, una sola mirada, bastaria para que os alejaseis de aquí.

Pero no; no es despecho, no es ingratitude lo que hay en mi alma: es el deber.

Hay algo más que el deber, hay el amor que profeso á mi esposo.

—¡Catalina, por Dios! exclamó Pánfilo. Sí; ¿por qué lo he de negar?

Queria conocer á fondo los secretos de vuestra alma.

—Y para conocerlos habeis llegado de una manera casi criminal.

Mis sentimientos son nobles.

Podeis conocerlos.

¿Me creis abandonada de mi esposo?

Es cierto.

No siente ya su alma el amor que me juró ante el altar.

Me ha separado de su lado, me ha creído indigna de participar de sus triunfos, me ha llevado al seno de su familia.

¡Ah! Una mujer que ama soporta todo esto con energía.

El verdadero amor no se extingue con estos sacrificios.

En esta lucha la desesperacion encuentra la piedra de toque, la piedra que hace conocer el oro del oropel.

Ya sabeis mi secreto.

Ni la miseria, ni la fuerza, ni nada en el mundo, podrá borrar este amor que sostiene el deber.

—¡Ah! Catalina, exclamó el capitan. ¿Por qué hablais de ese modo?

¿Por qué me dais á conocer vuestros nobles sentimientos?

¿Por qué me mostrais esa alma generosa y sublime, arrebatándome al mismo tiempo toda esperanza de poseerla?

¿No conoceis que es lo mismo que enseñar al hidrópico el cristalino manantial de agua?

¡Ah! ¡Por piedad!

Matad en vuestra alma ese inútil amor, que será siempre un infierno.

Matadle, y haced de mí un esclavo.

Catalina, que estaba verdaderamente poseída del amor que expresaba en aquellos momentos, olvidando sus desventuras, hallando un desahogo á su oprimido pecho, buscaba en la ex-

pansion el consuelo que necesitaba, y cogiendo cautelosamente la mano derecha del capitán, y arrastrándole hasta la cuna adonde dormía tranquilamente su hijo:

—¿Creeis que una mujer que es madre, que tiene en su hijo el amor de su esposo, puede faltar á sus deberes para pagar la indiferencia con un crimen?

¡Ah! No; eso nunca.

Si algun interes os ha inspirado mi triste situacion, si la piedad ha engendrado en vuestra alma ese amor desgraciado que yo rechazo, y rechazaré siempre, pensad que en medio de mis desventuras soy una mujer dichosa, porque aún vive mi hijo.

Era el capitán hombre de corazon, y las circunstancias las más á propósito para excitar su generosidad.

La soledad en que estaba; la hora avanzada de la noche; el silencio que le rodeaba; los medios cautelosos de que se habia valido para penetrar en la estancia de aquella mujer, á un mismo tiempo varonil y débil, que ostentaba las lágrimas en los ojos y la energía en la frente; aquel hermoso niño que dormía feliz, todo aquel conjunto de circunstancias conmovieron al capitán.

—Perdonad, señora, dijo de pronto; habeis apelado á mi generosidad.

Seré generoso, aunque me cueste un inmenso sacrificio.

Perdonadme, repito, el atrevimiento de un hombre enamorado.

Yo creia mereceros, y veo que es mucha la distancia que nos separa.

Vos sois un ángel; yo soy un hombre.

Pero yo he pedido perdon á Dios, y Dios me ha inspirado en este instante.

Catalina, ántes de conoceros deseaba ir á las Indias para emplear mi juventud y mi espada conquistando países para mi rey y señor.

—Mi resolucion es irrevocable.

Voy á alejarme de vuestro lado ahora mismo; dentro de pocos dias voy á embarcarme con rumbo á esos países desconocidos.

Yo encontraré á vuestro esposo.

Dejadme al ménos que sea vuestro amigo.

Vivís sola en el mundo; ¿no teneis hermanos?

Yo seré vuestro hermano.

Yo lograré, siendo esclavo de vuestro esposo, conquistaros de nuevo su afecto.

Adios para siempre, y quiera el cielo que, ya que nunca podré ser feliz, me sea dado devolveros la felicidad que os falta.

Sin decir una palabra más, se alejó el capitán pausadamente.

Catalina le vió partir.

Cuando hubo desaparecido, cayó de rodillas delante del lecho en donde dormía su hijo y besó su frente.

—Tú me has salvado, hijo mio, exclamó. ¡Ah! Me parece que ya no sufro tanto.

El pobre niño se despertó.

—Madre mia, dijo, he soñado con mi padre.

Le he visto acercarse á mi lecho, y besar mi frente.

—¡Quiera Dios que algun dia se realice tu sueño! exclamó la pobre madre.

Algunos dias despues se embarcó en Cádiz Pánfilo de Narvaez con rumbo á Sevilla; ántes de partir pidió cartas de recomendacion para algunos de los gobernadores de las colonias.

La casualidad quiso que le recomendasen á Diego de Velazquez.

Esta sola circunstancia iba á convertirle en adversario de Hernan Cortés.